

Las herramientas y el estilo

La publicación de cuatro libros casi desconocidos de Javier Pradera permite conservar vivos el rigor y la lucidez de sus análisis y comentarios políticos.

JOSÉ ANDRÉS ROJO

JAVIER PRADERA: *LA MITOLOGÍA FALANGISTA (1933-1936)*. CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES. MADRID, 2014. / *LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA Y LA DEMOCRACIA*. FONDO DE CULTURA ECONÓMICA. MADRID, 2014. / *CORRUPCIÓN Y POLÍTICA. LOS COSTES DE LA DEMOCRACIA*. GALAXIA GUTENBERG / CÍRCULO DE LECTORES. BARCELONA, 2012.

SANTOS JULIÁ: *CAMARADA JAVIER PRADERA*. GALAXIA GUTENBERG / CÍRCULO DE LECTORES. MADRID, 2012

Los editoriales y las columnas de los periódicos solo cobran su cabal sentido si están enredados en el ruido del mundo, si responden a la actualidad, sujeta siempre a cambios precipitados y, por definición, fugaz. Javier Pradera dedicó gran parte de su vida a esa tarea. Le tocó, así, arremangarse, meter las manos en la ciénaga de la política y sacar a la luz los enredos, armar enseguida el diagnóstico y disparar: sus ideas tenían la capacidad de cuestionar los itinerarios por los que discurrían los distintos poderes de este país y el sentido de su trabajo era abrir nuevos horizontes a ese lector que demanda criterios rigurosos,

y también firmes, para entender lo que le rodea. Su papel fue esencial en el diario al que estuvo vinculado desde su fundación en 1976, *El País*, tanto como editorialista y después como columnista, y en su labor había algo de centinela y de guardia de tráfico y de explorador: lo mismo miraba desde las alturas que se inmiscuía en el barullo de los asuntos o se volcaba, en fin, en la tarea de desentrañar los inciertos datos de la geografía política para proponer el camino por donde fuera más prudente transitar.

La aparición, tras su muerte, de diferentes libros de los que no se tenía prácticamente noticia ha resultado muy oportuna para rellenar de inmediato ese enojoso vacío que había dejado como indispensable punto de referencia para lidiar con el presente. Y es que si las columnas y los editoriales de los periódicos están marcados por la urgencia de lo inmediato, los libros tienen otra duración. En estos hay un poco de todo, desde investigación histórica (su libro sobre la Falange) a ensayo político (su inmersión en la vida de los partidos y la corrupción), desde tomas de posición personal (sus críticas al Partido Comunista en 1960) a síntesis elaboradas sobre una época concreta (la Transición), pero en todos ellos hay elementos comunes: sus herramientas y su estilo. Herramientas: el despliegue de recursos que pone en marcha para construir sus propios argumentos; y estilo: la mirada insobornable y rigurosa que va a gobernar esos utensilios en el trance de la escritura.

Existe otro elemento que merece también la pena considerar: el dibujo de una trayectoria personal, que tiene también algo de biografía generacional, que terminan por ofrecer las cuatro entregas. El propósito de inmiscuirse en los asuntos de la Falange Española puede leerse como la voluntad de lidiar, a principios de los sesenta y habiendo terminado ya sus estudios, con el funesto pasado reciente (el papel del nuevo partido en la época de la República) y con aquel gris presente de entonces en el que seguía siendo un referente ideológico de la dictadura. Luego está la militancia comunista de Javier Pradera, del verano de 1955 a 1965. Refiriéndose, en una entrevista con Josep Ramoneda y José Martí Gómez en enero de 1978, a un reportaje sobre el trabajo

en la clandestinidad de Jorge Semprún (Federico Sánchez) que había aparecido entonces, Pradera les dijo:

“Cuando lo terminas de leer sacas la impresión de que el PCE era una pandilla de semifacinerosos y la verdad es que en aquel periodo una de las pocas estructuras que había para luchar contra el franquismo era el PCE y eso es algo que creo que todos los que hemos estado en el PCE tenemos que agradecerle al partido”¹.

El tomito dedicado a la Transición, por su parte, recoge su balance de aquella época, en la que tanta importancia tuvieron los que venían de la lucha antifranquista. Les tocó reinventarse para estar a la altura del desafío que se impuso tras la muerte del dictador y embarcarse en la batalla por un objetivo acaso más modesto que el de los sueños utópicos que habían alimentado su juventud, el de instaurar en España una democracia que nada tuviera que envidiar a las de nuestro entorno. Por último, el libro sobre los partidos y la corrupción parece que anuncia los conflictos y contradicciones y dilemas de la España de ahora y es ahí donde, de alguna manera, Pradera rinde otro servicio más, el de facilitar parte de las claves necesarias para desentrañar estos difíciles tiempos de desafección política:

“El principal nudo a desatar en las democracias desarrolladas es la corrupción institucional que ha engendrado el desmesurado crecimiento de los aparatos de los partidos y el enorme aumento de los gastos electorales en la competición interpartidista”².

■ Pero vayamos por partes. Javier Pradera (San Sebastián, 1934-Madrid, 2011) escribió *La mitología falangista (1933-1936)* entre 1960 y comienzos de 1963, aprovechando las lecturas que había hecho de los ideólogos de Falange (José Antonio, Ramiro Ledesma, Onésimo Redondo, Ruiz de Alda) durante los 11 meses que pasó en la prisión de Alcalá de Henares en 1958, tras ser condenado por su participación en las revueltas estudiantiles de aquel periodo.

“¿Cómo nació y se desarrolló la variante española del fascismo nacionalista de corte italiano, esto es, el falangismo? ¿Cuáles fueron las razones de su fracaso?”³.

Estas son las cuestiones que aborda en un trabajo de más de 350 páginas y que había permanecido inédito hasta ahora.

La idea de embarcarse en este proyecto seguramente tuvo algo que ver con su propia historia familiar. Su abuelo paterno, Víctor, un importante ideólogo y dirigente carlista que fundó junto a Calvo Sotelo durante la Segunda República el Bloque Nacional, “había tenido una relación cordial con José Antonio y acogido en términos muy positivos el desembarco de este en la arena política en 1933, subrayando las similitudes entre el proyecto falangista y el corporativismo y antiparlamentarismo de los tradicionalistas”⁴, explica José Álvarez Junco en el estudio introductorio. Al principio de la guerra, el abuelo y el padre de Pradera (al que no se le conoció una afiliación política concreta) fueron asesinados por una de esas patrullas incontroladas que pulularon en la retaguardia de la República.

Las heridas que había dejado la guerra estaban sin duda ahí, pero lo que importa es el empeño del entonces joven comunista por desentrañar la mitología, esa extraña mezcla de relato y de ideas y emociones, de su enemigo, la Falange que había pretendido conquistar el lugar hegemónico dentro del bando de quienes se propusieron acabar con la República y que, finalmente, tuvo en ese empeño que conformarse con un papel secundario.

Por lo que toca al procedimiento, dos detalles. Javier Pradera va directamente a los textos fundamentales de los principales ideólogos de Falange Española de las JONS para sacar sus propias conclusiones. Lo hará desde entonces en cada una de sus incursiones teóricas, siempre celoso de su propia capacidad analítica, y con ese afán por ir directamente a las fuentes, sin mediaciones innecesarias. El otro: es un trabajo realizado con las categorías del marxismo, de las que se sirvió en una

¹ Santos Juliá. *Camarada Javier Pradera*. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Madrid, 2012. 459 páginas. Pág. 174.

² Javier Pradera. *Corrupción y política. Los costes de la democracia*. Estudio introductorio de Fernando Vallespín. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Barcelona, 2012. 219 págs., pág. 11.

³ Javier Pradera. *La mitología falangista (1933-1936)*. Estudio introductorio de José Álvarez Junco. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 2014. 371 págs., pág. 47).

⁴ *Ibidem*, pág. 20.

época donde importaba sobre todo sacar a la luz el sustrato material que alimentaba toda ideología. Pese a esto, el estudio logra trascender las amenazas más burdas de sus muletas conceptuales, seguramente porque es muy fiel a la literalidad de las propuestas de los fundadores.

“Hay tan solo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado”; “no buscamos votos, sino minorías audaces y valientes”; “buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil ni a la disciplina de guerra”; “nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá de ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas”⁵:

el bombardeo de las proclamas falangistas resuena a lo largo del trabajo y, a través de estas, va construyendo el rostro de un partido que pretendió labrarse una base social y unos rasgos políticos propios que nada tuvieran que ver con el conservadurismo tradicional.

Para Álvarez Junco, “la idea más fuerte y repetida” a lo largo del libro es “que el fascismo español logró organizar una cosmovisión relativamente coherente, a partir de unas bases filosóficas irracionistas, en torno a una regeneración comunitaria interclasista, alrededor de espejismos tales como la nación, el imperio, la juventud o la virilidad, que hubiera podido servir de base para una movilización popular antiobrero; pero que, debido sobre todo a sus orígenes tan obviamente elitistas, fracasó en su intento de movilizar a las clases medias y, al menos, a una fracción del proletariado, al servicio del capital monopolista”⁶.

■ *Camarada Javier Pradera*, el libro de Santos Juliá que se ocupa de sus años comunistas, reúne distintos textos inéditos (la introducción a unas memorias que no llegó a escribir, una aproximación a su familia), amén de piezas dispersas que aparecieron en diferentes publicaciones y, sobre todo, algunos documentos que permiten reconstruir un momento decisivo de la lucha antifranquista. Desde mediados de los cincuenta, el Partido Comunista se había empeñado en la construcción de un frente nacional e interclasista que iba a darle la puntilla final a una dictadura que, se pensaba, estaba a punto de desmoronarse.

⁵ *Ibidem.*, pág. 63.

⁶ *Ibidem.*, pág. 37.

El objetivo principal dejó de ser la destrucción del capitalismo: antes había que asegurarse de derrotar al franquismo y, de esa manera, recuperar la soberanía nacional, expulsando de paso a los yanquis que ya habían tendido puentes con el régimen. Hacía falta, para conseguirlo, atraer a las masas católicas y buscar una alianza nacional.

Las movilizaciones estudiantiles de 1956, en las que Pradera participó activamente, y las huelgas de Navarra y País Vasco de 1957, que tuvieron una amplia repercusión en Barcelona, Zaragoza, Valencia, Madrid, Asturias y Valladolid, condujeron al Partido a la idea de que eran el síntoma inequívoco del crecimiento de una conciencia social de masas que podía extenderse por todo el territorio y dinamitar a la dictadura. La primera cita fue el 5 de mayo de 1958, cuando se convocó una Jornada de Reconciliación Nacional. Pese a su evidente fracaso, el PCE lo entendió como un éxito, explica Santos Juliá en el estudio histórico que abre el libro. Así que el siguiente paso fue convocar la Huelga General Pacífica que debía celebrarse el 18 de junio de 1959.

“Fue una derrota tremenda”, le contó más adelante Pradera a Rossana Rossanda. Ese día, el joven militante que se había volcado en la preparación de la huelga salió de su casa para disfrutar de la “ciudad inmóvil”. “Y en lugar de eso lo que vio ‘fue a un dependiente que levantaba el cierre metálico de la fábrica’”. Santos Juliá recoge el amargo balance que haría después Pradera:

“Después todos los comercios abrieron. Uno tras otro, como siempre. Luego pasó un autobús. Todos los autobuses circulaban. Todas las oficinas. Todas las fábricas”⁷.

Santos Juliá coloca en el centro de su trabajo ese momento y rescata algunos documentos que revelan con claridad las maneras que habrían de definir el trabajo de Pradera. En medio del fragor de la batalla contra lo peor, la dictadura, un joven militante de 26 años escribe a sus superiores del partido para formular unas cuantas críticas. Por ahí no se va a ninguna parte, viene a decirles. Federico

⁷ *Camarada Javier Pradera*. Pág. 100.

Sánchez no tarda en regañarlo. Pradera responde a su inmediato superior sin contarse un pelo:

“Me siento a la máquina lleno de zozobra, con miedo a que un punto o una coma metafísicamente colocados produzcan una de tus ‘dialécticas reprimendas’ [...] ‘Ante todo, no me explico esa mezcla de benévola condescendencia y tonante jupiterismo que cruza, de un extremo a otro, tu escrito’”⁸.

Más adelante, en 1962, el partido le escenificó al díscolo muchacho una humillante reprimenda en París. No había margen para poner en discusión las líneas maestras del partido. Pradera, ya en segundo plano, solo seguiría hasta 1965.

Santos Juliá: “Pradera tenía razón en el punto central del debate, aunque lo señalara de modo irónico: era ilusorio esperar que la burguesía no monopolista colaborase con los comunistas en una huelga, por muy nacional y pacífica que fuese, cuyo último objetivo consistiría en abrir democráticamente en España la vía de una dictadura del proletariado”⁹. Lo que *Camarada Javier Pradera* consigue traer a primer plano es justamente eso: la atmósfera y las ideas y los móviles que marcaron en su día la lucha antifranquista.

“Éramos prosoviéticos atormentados, trágicos, a través de la lente francesa”¹⁰,

le explicó Pradera en una entrevista a Carlos Elordi para subrayar que la llamada democracia representativa, por la que lucharían más adelante tras la muerte de Franco, no entraba entonces en sus planes, aunque luego fueran muchos los que así lo quisieron hacer creer. Le dice:

“Nosotros éramos revolucionarios en el sentido fuerte del término” [...] “Éramos, en el sentido técnico de la palabra, estalinianos”¹¹.

Ese punto insobornable, y la honestidad de no reconstruir el pasado dulcorándolo con los disfraces del presente, fue una característica

⁸ *Ibidem.*, pág. 279.

⁹ *Ibidem.*, pág. 10.

¹⁰ *Ibidem.*, pág. 100.

¹¹ *Ibidem.*, pág. 98.

que destaca especialmente en la obra de Javier Pradera. Porque, precisamente, esos rudos revolucionarios, que padecieron cárcel y los rigores de la clandestinidad durante la dictadura, realizaron una profunda transformación personal para enfrentarse al gran desafío de la Transición: conquistar la democracia.

■ El libro que se ocupa de esa época recoge dos piezas poco conocidas de Pradera: ‘La Transición en España’, publicado en una revista minoritaria en 1992, y ‘Una nueva visión de la guerra civil’, recogido en el libro de 2010 *La generación de 1956*, de Antonio López Pina. Y se fija en un periodo que confirma su profundo compromiso con la modernización de España. Es por entonces jefe de Opinión de un nuevo medio, *El País*, y desde la tribuna anónima de los editoriales empuja para que los políticos construyan unas instituciones que sirvan realmente para dejar atrás el franquismo y formar parte de Europa.

Solo un par de citas de un librito que debería ser de lectura obligatoria para los que cuestionan el llamado “régimen del 78”. En primer lugar Pradera destaca la “transformación cualitativa” de la cultura política de los españoles que se produce en aquel momento y que iba a propiciar una atmósfera dominada por el

“diálogo tolerante, la voluntad de acuerdo, la negativa a transformar al adversario en enemigo, la capacidad para abstraer del presente las ofensas recibidas en el pasado (en forma de años de cárcel, de torturas o de pérdidas de seres queridos), el estudio de la historia para no repetir los errores y la orientación hacia el futuro”¹².

Y, en segundo lugar, apunta con claridad cuál era el nudo central que resume el desafío que se libraba entonces:

“Parece claro que el motor de la acelerada evolución de la dictadura a la democracia, entre julio de 1976 y junio de 1977, fue la interacción de

¹² Javier Pradera. *La Transición española y la democracia*. Edición e introducción de Joaquín Estefanía. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 2014. 164 páginas. Pág. 59.

un Gobierno convencido de la necesidad de homologar el sistema político español con los regímenes democráticos europeos y de una oposición igualmente resuelta a respaldar el restablecimiento en España de las instituciones plurales destruidas tras la victoria del franquismo en la guerra civil”¹³.

El largo artículo de Pradera desgrana paso a paso los problemas que surgieron a la hora de construir la democracia tras la dictadura y las respuestas que se fueron dando a cada quiebra, cada ruido, cada conflicto. El dilema entre reforma y ruptura, las herencias que pesaban del franquismo, el papel de Suárez, la radical importancia de las movilizaciones sociales, el proceso constituyente, las primeras elecciones y, más tarde, el golpe del 23-F y la llegada de los socialistas al poder. La otra pieza, referida a la guerra civil, se ocupa de esa singular anomalía, que también aborda Santos Juliá en su libro, y que seguramente facilita una clave para explicar cómo fue posible la profunda transformación de una sociedad herida por una cruenta guerra y destruida por una dictadura. Y es que seguramente la reconciliación entre los vencedores y vencidos solo empezó a producirse cuando, entre otros, “un joven de 20 años a quien han asesinado a su padre y a su abuelo ingresa en un partido que formaba parte de la coalición a la que pertenecían los que mataron a su padre y a su abuelo”¹⁴. Los hijos de los vencedores y de los vencidos decidieron un día mirar el futuro. Y fue eso lo que facilitó la construcción de la democracia.

Después llegaron los problemas, los gravísimos problemas de la corrupción que lo enfangaron todo y que se prolongan hasta nuestros días, más aciagos si cabe, más desesperanzados, donde va imponiéndose la tentación de ponerlo todo en cuestión y de tirarlo por la borda. Por eso la importancia del cuarto de los libros que se han rescatado de Javier Pradera (queda pendiente otro sobre su trabajo como editor). Hay un momento en que, por distante y fría que sea su prosa analítica y por sobria que resulte su inmersión en la podredumbre de las mordidas y en el pútrido espectáculo de favores y de bastos negocios, en que algo parece romperse en el ánimo del estudioso que anda buscando iluminar las zonas oscuras de una historia,

¹³ *Ibidem.*, pág. 71.

¹⁴ *Camarada Javier Pradera*. Pág. 43.

la de la democracia española, que se las prometía felices y que empezaba a deslizarse por la pendiente hacia el desastre. Es cuando se refiere a la llegada de los socialistas al poder y al “deslumbramiento” que les produjo descubrir “los privilegios situados a su alcance”:

“Los nuevos inquilinos del Estado entraron en ese palacio encantado como visitantes de Disneylandia, dispuestos a montar en todos los carruseles y a jugar con todas las máquinas”¹⁵.

Ya antes, en la introducción, Pradera se había referido a la trayectoria de muchos de aquellos que habían terminado metiendo las manos en el botón y llevándose el dinero de los españoles a espaldas:

“En el caso de España, el historial de muchos dirigentes políticos en activo, que iniciaron sus actividades como opositores al franquismo y sufrieron cárcel y persecución, descarta un origen cínico en sus carreras...”¹⁶.

¿Qué fue entonces lo que pasó? ¿Qué ocurrió para que la pulcra historia de muchos de aquellos que habían combatido con toda generosidad contra la dictadura se viera de pronto manchada por la corrupción? Pradera desecha desde el principio descargar sobre los políticos profesionales “a título individual” el peso de toda la responsabilidad. Las cosas no son tan fáciles como las presentan algunos, que se las arreglan simplemente con satanizar la vida política convirtiendo a los que en ella participan en meros seguidores de privilegios y de todos esos lujos asociados al poder. Los maniacos de la pureza han abandonado los argumentos y los análisis y el peso de las razones y levantan la bandera de los grandes valores. Escribe:

“Esa democracia intransigente defendida tanto desde la derecha como de la izquierda lleva a la pira a las democracias existentes en nombre de las democracias imaginarias.” [...] “Durante los últimos años, la publicística política española abunda en ejemplos de esa intransigencia, desde la derecha y desde la izquierda, que entronca con la tradición exasperada y furiosa del viejo regeneracionismo.

¹⁵ *Corrupción y política*. Pág. 40.

¹⁶ *Ibidem.*, pág. 11.

La desesperación ante las desgracias del mundo y un moralismo indistinguible de la moralina refuerzan las jeremiadas de los profetas que denuncian la inautenticidad del sistema democrático español¹⁷.

■ Javier Pradera escribió *Corrupción y política* en 1994 y, quién sabe por qué, terminó metiendo el libro en un cajón. Rescatarlo ahora sirve para recuperar la fulminante penetración de su mirada. Herramientas y estilo: ahí están en su justa proporción. Un amplio abanico de lecturas, de las que va sirviéndose cuando le convienen a su argumentación, un conocimiento profundo y contrastado de los hechos, la obligación de reconstruir el contexto e iluminar el telón de fondo donde se produjeron las patrañas, las justificaciones que pudieron darse al dislate y, sobre todo, la puesta en escena de la complejidad. Todo está íntimamente trabado en la escritura de Pradera y es como si fuera construyendo una tupida red para atrapar la marcha de los acontecimientos y diseccionarlos con el frío bisturí de una inteligencia irónica, que tiene la virtud de no tomarse nunca demasiado en serio.

Por el libro desfilan todo esos casos que siguen produciendo sonrojo, y a los que habría que ir añadiendo los que vinieron después, los que ocupan ahora las portadas de los periódicos. El *caso Guerra*, el *caso Cacerolo*, el *caso Piñeiro*, los del Casino y las Loterías de Cataluña, el Planademunt, el *caso tragaperras del País Vasco*, los escándalos de Cantabria, Santander, Burgos, el *caso Calvià* en Mallorca, el *caso Naseiro*, el *caso Filesa*, el *caso Roldán*, el *caso Rubio*... Estamos en medio del esperpento más grotesco, que llegó en su momento a permitir incluso que algunos socialistas hicieran suya

“la vieja exhortación lanzada por los liberales doctrinarios del reinado de Luis Felipe a la burguesía francesa –*enrichissez vous!*– para animar a sus compatriotas a participar sin escrúpulos de conciencia en la acumulación de dinero¹⁸”.

Pero resulta que la financiación irregular de los partidos y toda la retahíla de variadas corrupciones forman parte de la historia de

¹⁷ *Ibidem.*, pág. 12.

¹⁸ *Ibidem.*, pág. 64.

las democracias avanzadas, observa Pradera, donde la magnitud del gasto público ha crecido de manera exponencial, donde las fuerzas políticas se han profesionalizado de manera irremediable y donde el ingente precio de las campañas electorales termina distorsionando por completo las reglas de juego tradicionales.

“Los partidos ya no son representantes de la sociedad dedicados a defender los intereses de sus electores sino instituciones autónomas que protegen ante todo sus propios intereses¹⁹”.

La presencia omnipresente del Estado en el tráfico mercantil y el creciente intervencionismo de las Administraciones Públicas en casi todos los ámbitos de la vida económica y social, como motores de la corrupción. La transformación de los partidos en maquinarias electorales, en la que los políticos pierden sus referentes y se convierten en piezas de una burocracia empresarial. Las debilidades y fortalezas de la ley electoral y la ley de financiación de partidos. Pradera reconstruye la complejidad de la política en las sociedades avanzadas, y apunta:

“Esa descripción no debe ser tomada como una situación por completo irremediable. Es cierto que la capacidad de autorreforma voluntaria de los partidos es ilusoria o al menos muy reducida: las maquinarias de poder solo se moderan cuando son obligadas desde fuera. Pero las enseñanzas brindadas por otros países, la dinámica de la competencia democrática y la lógica del Estado de Derecho pueden frenar e incluso invertir la dirección de esa tendencia a abusar del privilegio²⁰”.

Un gramo de esperanza en medio de tanta bazofia. Si las leyes no funcionan, siempre pueden arreglarse.



JOSÉ ANDRÉS ROJO ES PERIODISTA Y ESCRITOR.

¹⁹ *Ibidem.*, pág. 134.

²⁰ *Ibidem.*, página 192.